

18 de septiembre de 2017



Doña Cuaresma y don Carnaval, o dicho de otra forma, la UE y el presidente Trump

Carlos Alonso Zaldívar



Doña Cuaresma y don Carnaval, o dicho de otra forma, la UE y el presidente Trump

Carlos Alonso Zaldívar | Investigador senior asociado, Real Instituto Elcano

Índice

(1) Y la historia parió a Trump, o de cómo una sociedad dividida y un orden internacional descompuesto, son los progenitores de Donald Trump	2
(2) Sobre las dolencias de la UE, o de cómo sus fundamentos se erosionan, sus recursos se reducen, su viabilidad no está garantizada y crecer no es suficiente para hacerlo ...	5
(3) La UE en terra incognita, o de cómo el mundo ya no es como a la UE le parecía que iba a ser.....	7
(4) ¿Qué debería hacer la UE en ese contexto internacional?, o de cómo la UE necesita una política exterior, de seguridad y defensa propia, lo difícil que le va a resultar y algunos pasos prudentes con los que podría ir avanzando.....	10

(1) Y la historia parió a Trump, o de cómo una sociedad dividida y un orden internacional descompuesto, son los progenitores de Donald Trump

La sociedad estadounidense está dividida

Esto es un hecho que se manifiesta a diario en campos como el económico-social, racial, religioso y en otros. Así pues, no hace falta detenerse en ello, sino que se le puede dar la palabra al ex presidente de la Reserva Federal Ben S. Bernanke, quien el 26 de junio pasado en una reunión de banqueros centrales, cerca en Sintra, dijo cosas interesantes.

Comenzó explicando que, hoy, EEUU exhibe datos económicos que están por encima de los mejores que tuvo antes de la crisis y que, pese a eso, los estadounidenses que piensan que el país va mal duplican a los que piensan que va bien.

Para dar cuenta de esta aparente paradoja, explicó que cifras agregadas buenas pueden ocultar malas tendencias subyacentes. Que el crecimiento no sólo crea nuevos mercados y productos sino que también puede destruir capital social y humano. Que pese al crecimiento de la economía estadounidense, la clase media lleva tiempo luchando por mantener su nivel de vida y que el sueño americano se ha desvanecido porque la movilidad social y económica ha decaído. La otra cara de esas tendencias – dijo– ha sido un aumento de la desigualdad en la distribución de renta y de riqueza.

Y por si alguien no lo había captado, añadió que hay que entender que eso está tras la elección de Trump y tras el fuerte resultado de Bernie Sanders, y que el mensaje que envían esos resultados es: “a veces el crecimiento no basta”.

De todas formas, cabe preguntarse si después de Trump la sociedad estadounidense recuperará su normalidad anterior.

Parece ser que no será así. Nadie sabe cuándo dejará de ser presidente Trump, pero dos cosas están claras. Una es que Trump no se propone unificar al país sino gobernarlo apoyándose en los enfadados contra los satisfechos. La otra es que la salida de la crisis de 2007 no es el regreso a la normalidad anterior sino que conduce a una nueva normalidad.

Lo descrito por Bernanke tiene lugar en tiempos en los que cabe esperar crecimientos pequeños (véase Robert Gordon) y cuando la automatización permite aumentar la producción sin pagar más a los trabajadores ni crear más puestos de trabajo. Esto reducirá los ingresos del Estado ya que en su mayoría proceden de las rentas del trabajo, lo que hará cada vez más difícil sostener el Estado del bienestar. Por otra parte, aumentará las rentas del capital y la desigualdad.

Así que cuando Trump se vaya se habrán agudizado las desigualdades y tensiones que encontró al llegar, es decir, habrá más enfadados y estarán más enfadados. En ese clima es poco probable que tras Trump regresen los demócratas de Hillary (en todo caso serían los de Bernie Sanders) y podría surgir un Trump II.

El orden internacional de los últimos decenios se ha descompuesto

Se trata de otro hecho visible y palpable, así que es suficiente constatarlo. Las relaciones de la UE con Rusia están salpicadas de conflictos abiertos y larvados en Ucrania, Moldavia, Georgia y los países bálticos. Washington pretende mantener el control absoluto del mar del Sur de la China pero Beijing quiere asegurarse de que sus líneas de abastecimiento, que pasan por esas aguas y sus estrechos, no puedan ser objeto de bloqueos. En el Nordeste asiático, Corea del Norte alardea de poseer ICBM con cabezas nucleares, algo que nadie esperaba, y a Trump sólo se le ocurre responder que él tiene más, escalando un conflicto que reclama lo contrario. En Oriente Medio y el Norte de África ya no valen los mapas que trazaron las potencias coloniales y ahora son las potencias regionales –Irán, Turquía, Arabia Saudí y Egipto– quienes han empezado a competir para definir el mapa futuro. En América Latina se sigue viviendo de las materias primas, mientras progresa la corrupción y el narcotráfico. Y en África se sigue muriendo de hambre.

Y no es Trump quien ha creado ese descoyuntamiento del viejo orden internacional, ni tampoco quien puede arreglarlo.

La descomposición del viejo orden está impulsada por factores demográficos (los occidentales sólo son ya el 12% más envejecido de la población mundial), económicos (EEUU y la UE juntos sólo producen el 40% del PIB mundial), tecnológicos (el control del *software* de inteligencia artificial se seguirá concentrando en China y EEUU) y culturales (las identidades nacionales y/o religiosas se fortalecen). Trump es un producto de esos cambios, que no son reversibles a corto plazo.

¿Hacia dónde conducirán esas transformaciones?

Sin descartar desordenes, conflictos y guerras en zonas diversas, el mundo está tomando la forma de un contexto multipolar de grandes potencias con sus zonas de influencia respectivas.

Algunos se asustan, pero se trata de un cambio bastante natural. En los decenios pasados prevaleció una situación que, al margen de denominaciones, estaba formada por un polo dominante (con EEUU en el centro y la UE en su órbita) y otros polos menores, que el polo central creía llamados a mermar. Pero lenta y penosamente lo han evitado. Recuerden que China no fue admitida en la ONU hasta 1971 y que hoy se codea con EEUU; o que la URSS perdió su esfera de influencia y se fragmentó en 15 repúblicas, pese a lo cual Rusia ha vuelto a levantarse, diciendo “aquí estoy, no soy la URSS pero tengo un arsenal nuclear equiparable al de EEUU”.

¿No es ese contexto muy peligroso? No más que el de los decenios pasados. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, EEUU ha participado en 201 conflictos. Ahora lleva guerreando en Afganistán 16 años y no encuentra la forma de marcharse. Irak, donde lleva 14 años, está bajo la influencia de Irán, una paradoja increíble. El pueblo estadounidense está harto de guerras. Obama lo tuvo presente y cambió soldados por drones. Trump también lo sabe y le ha dicho a Arabia Saudí, “en Oriente Medio yo te apoyo, pero guerreas tú”. En resumen, a EEUU cada vez le atraen menos las guerras pequeñas. Pero, como dicen los militares, la retirada sigue siendo la maniobra más peligrosa. ¿Y en cuanto al riesgo de guerras grandes? De eso se hablará al final.

¿Y qué pasará con la UE?

Dicho de un tirón: la UE tendrá que ir acomodando su discurso a las nuevas realidades y en su actuación tendrá que ir decidiendo hasta qué punto permanece en el área de influencia de EEUU como socio subalterno, o si va definiendo y asentando un espacio de influencia propio en el nuevo contexto multipolar. También sobre esto se volverá al final.

Antes, hay que preguntarse: ¿cómo afectará Trump a la UE en lo inmediato? Parece que la respuesta es que en términos globales sembrará incertidumbre en la relación de la UE con EEUU y que afectará directamente a algunas de sus políticas específicas (comercial, refugiados, derechos humanos, exterior, seguridad y defensa).

Los hechos ya hablan en esos sentidos. Ángela Meckel lo entendió y dijo que “La UE ya no puede depender completamente de otros, debemos tomar nuestro futuro en nuestras manos”. En la OTAN se ha resentido la credibilidad del artículo 5. Tras el transcurso de la reunión del G-20 en Berlín y el anuncio de la retirada de EEUU del Acuerdo sobre Cambio Climático, Trump debilitó expresamente su influencia mundial, y otro tanto hizo con sus amenazas militares dirigidas a Venezuela (contestadas desde América Latina) y a Corea del Norte (contestadas por Corea del Sur).

¿Hasta qué punto puede Trump corregir los comportamientos que viene teniendo? Es un hecho que Trump ya ha modificado sus posiciones iniciales en numerosos temas. ¿Problema resuelto? No. Problema agravado, ya que eso pone de manifiesto que Trump puede decir una cosa hoy y mañana hacer otra. Resultado: Trump no es fiable y esa carencia irá debilitando la influencia de EEUU.

Ahora bien, Trump tampoco es una veleta. En su visión del mundo los actuales tratados multilaterales sobre comercio, seguridad, cambio climático, etc., son piezas de un sistema que genera a EEUU más inconvenientes que ventajas y quiere deshacerse de ataduras y tener las manos libres para imponer otro tipo de acuerdos que a su juicio resulten más favorables para EEUU. Otra cosa es que intentándolo logre lo contrario.

¿Qué debería hacer la UE en un contexto tan cambiante? Básicamente tres cosas: asumir en su discurso realidades que ha venido ignorando, fortalecerse resolviendo sus problemas internos y empezar a situarse en el contexto futuro ofreciendo respuestas propias a los problemas más graves del mundo.

(2) Sobre las dolencias de la UE, o de cómo sus fundamentos se erosionan, sus recursos se reducen, su viabilidad no está garantizada y crecer no es suficiente para hacerlo

Sus fundamentos se erosionan

El fundamento geopolítico de la UE desapareció con el colapso de la URSS. Tratar de reconstruirlo poniendo a Rusia en el papel de la URSS sólo se sostiene en el campo de la publicidad. En la realidad, Rusia no es la URSS y todos los gobiernos lo saben.

Desde su origen la UE se ha apoyado estratégicamente en EEUU. Ahora bien, cuando Trump saludó el *Brexit* como un gran acontecimiento, estaba diciendo que para él preservar la UE ya no es un objetivo estratégico y todo el mundo tomó nota.

El fundamento socio-económico de la UE es el Estado del bienestar y éste funciona cuando los votantes influyen sobre el mercado al elegir gobiernos que distribuyen parte de los impuestos de los ricos a los pobres. Hoy eso ya no pasa. Hace tiempo que los gobiernos financian su actividad social con déficit, es decir, endeudando a las generaciones futuras, lo que siembra crisis cuyos costes pagan al final sobre todo los más pobres.

También la esperanza depositada en la UE se desvanece. Todas las encuestas indican que la mayor parte de los padres europeos creen que la vida de sus hijos será más difícil que la de su generación, y los hijos les dan la razón.

La UE se debilita con el Brexit

El *Brexit* es una negociación para repartir daños en la que ambas partes perderán. Explicar esto no resulta atractivo, así que cada parte invoca ganancias hipotéticas: el Reino Unido, la recuperación de su soberanía, y la UE, avances en su integración. De momento ambas cosas no pasan de ser deseos.

En cuanto a los hechos constatables, la UE, sea cual sea el final del *Brexit*, pierde su segunda economía (un 16% de su PIB, equivalente al PIB de sus 20 Estados más pequeños), su primera fuerza militar (que es nuclear), un servicio diplomático y otro de inteligencia destacados, un derecho de veto en el CSNU, un contribuyente neto a su presupuesto (10.000 millones de euros anuales) y la presunción de que era un proceso

irreversible. Estos daños podrán agravarse o aliviarse dependiendo de cómo termine el *Brexit*.

Visto desde fuera, lo anterior significa que la UE ya no es hoy lo que antes fue.

La eurozona ha perdido una década y potencial de crecimiento

La economía de la UE vive en estos momentos un ascenso cíclico, pero, si se comparan sus cifras de crecimiento y empleo con las de EEUU o del Reino Unido, resulta que esos países se han recuperado más rápidamente, mientras que la eurozona ha perdido una década y la eurozona del sur más de una década, todo ello porque la UE ha gestionado peor la crisis.

España es un ejemplo: hoy produce lo mismo que en 2008, con la particularidad de que para hacerlo emplea 1,9 millones menos de trabajadores y les paga un 6,9% menos del valor añadido que producen. Alguien dirá que eso es bueno, sube la productividad; y otro alguien responderá: no, es malo porque sube mucho más la desigualdad. En efecto, el índice de Gini ha pasado del 0,329 al 0,345, es decir, ha crecido un 4,8%. ¿Es esta la nueva normalidad? Y si la es, ¿la va a aceptar la sociedad?

La viabilidad a largo plazo del euro continúa sin estar asegurada

Ahora mismo, la eurozona no podría resistir un fuerte choque, pues el aumento de los tipos de interés haría insostenible la deuda pública italiana (2,1 billones de euros) y esto acarrearía el fin del euro.

El problema de la deuda griega sigue sin estar resuelto porque los gobernantes de los países acreedores temen que el titular “Se recorta la deuda griega” tenga una repercusión electoral negativa para ellos. Eso está pesando más que la ortodoxia económica, que aconseja recortarla (FMI).

“Crecer no basta”

Volviendo a Ben Bernanke en Sintra, hablando de Europa destacó que los mercados de trabajo permanecen débiles, las tasas de interés todavía están en cero y que el ajuste macroeconómico no está completado. Llamó la atención sobre los planes de reforma centrados en eliminar trabajadores redundantes explicando que son planes que ignoran que, si la demanda agregada es insuficiente para situar en un tiempo razonable a esos trabajadores en otras actividades, tendrán efectos negativos. Concluyó diciendo que para resolver los problemas nacionales de competitividad no bastan las reformas laborales y que también se necesitan políticas fiscales que ayuden a asegurar una demanda adecuada y remedien los desequilibrios comerciales.

Bernanke se despidió de sus colegas banqueros centrales diciendo que los beneficios del crecimiento sólo se notan cuando están ampliamente distribuidos y que la política económica sólo es percibida como legítima cuando los políticos logran eso.

A lo dicho se deberían añadir otras dolencias de la UE cuyo efecto sumado al de las anteriores queda reflejado en que el Consejo Europeo, hoy por hoy, es incapaz de

consensuar posiciones sobre refugio y migración, desigualdades dentro de la eurozona, desempleo en el sur de la eurozona, debilitamiento de la democracia en Hungría y Polonia o la deuda de Grecia.

¿Pueden esas dolencias encontrar solución en un acuerdo franco-alemán?

Para poner remedio a las dolencias de la UE se requieren medidas que relancen la convergencia económica-social, aseguren la viabilidad del euro a largo plazo, establezcan una política decente y viable de asilo y migración, generen una política exterior, de seguridad y defensa propia y reformen las instituciones de la UE aumentando su legitimidad. En estos días hay grandes esperanzas de que Merkel y Macron puedan llegar a algún tipo de acuerdo que abra esos horizontes.

Sin duda, un acuerdo franco-alemán es necesario, pero eso no significa ni que sea fácil ni que, si se logra, sea automáticamente positivo para todos los miembros de la UE. Si para llegar a un acuerdo Francia privilegia las relaciones franco-alemanas sobre los intereses que comparte con los países del sur de Europa, lo probable es que cuando llegue la próxima crisis estos países no dispongan de mayor flexibilidad fiscal ni hayan recortado su divergencia respecto a los del norte, con lo que aumentará el malestar en el seno de la eurozona, algo que podría poner fin a su actual composición.

De todos los temas que debería abordar un acuerdo para relanzar la UE sólo se va a abordar aquí lo relativo a política exterior, de seguridad y defensa pero, teniendo presente lo que se acaba de decir, no hay que hacerlo sin dejar claro que si no se relanza la convergencia económico-social en el seno de la eurozona, cualquier pretensión de desarrollar una política exterior, de seguridad y defensa de la UE quedará en poco o nada.

(3) La UE en *terra incognita*, o de cómo el mundo ya no es como a la UE le parecía que iba a ser

Se acabó el atlantismo

EEUU es la mayor potencia mundial, pero sabe que cada vez lo es menos. Toda su política exterior se dirige a invertir o retrasar ese proceso. Obama lo intentó actuando en concierto con la UE (en la tradición del atlantismo) pero Trump pretende hacerlo solo, y entonces la UE descubre que sus ideas chocan con las de Trump. Donald Trump piensa que la OTAN es un instrumento mediante el cual 300 millones de estadounidenses pagan la defensa de 500 millones de europeos ricos y piensa que eso no puede continuar. Sobre el comercio Trump opina que los Estados miembros de la UE elaboran posiciones conjuntas muy difíciles de alterar después, cree que su déficit comercial con Alemania es resultado de eso y le amenaza con aplicar fuertes tarifas a sus productos. Trump parece pensar que con unas buenas relaciones con Rusia, EEUU podría obtener beneficios económicos y reducir riesgos militares, mientras que con unas malas relaciones pasaría lo contrario; por eso se indigna cuando la UE impone más sanciones a Moscú. Por su parte, Alemania ve con preocupación que Trump mejore sus relaciones con Rusia, pues si lo hace, y más aún si Francia e Italia se suman, Merkel recibirá presiones de la industria alemana para que haga lo mismo y presiones desde Polonia y los países bálticos para que haga lo contrario. Trump desea cancelar el

acuerdo nuclear con Irán, pero Alemania y Francia lo defienden y han puesto en marcha importantes negocios con Teherán. La UE está descubriendo que tiene que crear un europeísmo sin contar con EEUU, una tarea difícil allá donde las haya.

Rusia responderá militarmente si la UE y/o la OTAN intentan expandirse más en territorios de la antigua URSS

A finales de los 90, Rusia llegó a estar al borde de la descomposición como Estado. Con el nuevo siglo y Putin al frente, comenzó a resurgir convencida de que Occidente se había aprovechado de su debilidad anterior y dispuesta a hacerse valer por la fuerza, de ser necesario. Rusia no tiene fronteras naturales que la protejan y teme que la invadan. Eso puede sonar trasnochado en Occidente pero los rusos siguen recordando las visitas que les hicieron Napoleón y Hitler. Sus militares no evalúan intenciones sino capacidades, lo que significa que no van a permitir que a 300 kilómetros de Moscú o San Petersburgo se sitúen tanques, digan lo que digan los gobiernos occidentales. Rusia no pretende invadir Europa sino evitar que la OTAN y la UE acampen en sus fronteras (a Gorbachov se le prometió que no se haría, pero se hizo en los países bálticos, se intentó en Georgia y luego en Ucrania). Putin ha dicho a Occidente que si lo intenta de nuevo tendrá que pagar el precio de un enfrentamiento militar.

China quiere restaurar su rango de nación de primer orden para estar a salvo de cualquier nueva dominación extranjera

China lleva funcionando como Estado unificado 2.238 años seguidos, fue la primera economía del mundo hasta mediados del siglo XIX y luego perdió ese estatus a manos de Occidente (en las guerras del opio entre 1839 y 1860). Desde entonces, China tiene un objetivo inalterable: restaurar su rango de nación de primer orden para estar a salvo de cualquier nueva dominación externa. Por ese camino viene avanzando a gran velocidad desde 1979. Hoy la pregunta es, ¿qué tipo de superpotencia será China?

Beijing subraya que su ascenso está siendo pacífico y que durante siglos dirigió un sistema regional de países mostrando su poder sin llegar a ejercerlo, sin asentarse más allá de las que hoy son sus fronteras y sin imponer gobiernos a sus vecinos. Esta narración contrasta con la historia de Occidente, donde las potencias en ascenso siempre han tratado de imponer su voluntad a otros países y en el sistema internacional. China viene a decir, “los británicos cantaban *Rule Britannia* y nosotros declaramos no querer dirigir el mundo”. Estos planteamientos en Occidente caen en oídos sordos, pero tienen audiencia en los países que sufrieron el colonialismo occidental y lo recuerdan.

Ahora bien, antes no pero ahora China tiene importantes intereses económicos en otras regiones del mundo y es un gigante financiero cuyas decisiones afectan a la economía mundial. Esto le fuerza a intervenir más en la política global y lo está haciendo. Reclama reformas de las instituciones multilaterales dominadas por Occidente (por ejemplo, China tuvo hasta hace muy poco los mismos derechos de voto en el FMI que Bélgica, aunque eso ya se ha corregido) pero cuando considera que sus demandas no son atendidas responde impulsando otras instituciones paralelas (AIIB, rutas de la seda...), así que se podría decir que está creando un “multilateralismo competitivo”. En todo caso, Beijing deja claro que no comparte soberanía ni pide que otros lo hagan, que no admite injerencias y que se reserva el recurso a las armas para mantener su integridad nacional

(Taiwán, Tíbet,...). Aunque no hay que olvidar el papel de otras potencias en ascenso como la India y Brasil, con lo dicho resulta evidente que ya se está en un contexto mundial con pluralidad de potencias soberanas respaldadas militarmente.

Ya se está en un contexto mundial con pluralidad de potencias soberanas respaldadas militarmente

Este no es el mundo que la UE soñaba, pero es el que se está formando. Tras Crimea, Merkel habló con Putin y después comentó: “Vive en otro mundo”. Después de escuchar a Trump en el G-20 comentó: “... no podemos dejar toda la seguridad de Europa en otras manos”. Algo quizá no muy distinto a lo que probablemente le había dicho Putin: “No puedo fiar la seguridad de Rusia a la buena voluntad de los occidentales”. Merkel parece haber entendido que era la UE quién vivía más alejada del mundo real.

Cuando Robert Cooper explicó que la UE era un Estado posmoderno donde los valores prevalecen sobre los intereses, el poder blando sobre el duro y la injerencia sobre la no injerencia, se le preguntó cómo se podría desenvolver esa UE posmoderna rodeada por EEUU, Rusia y China, que son Estados modernos fuertes y que no tienen planes de volverse posmodernos. De momento no hay respuesta y a lo que apunta es al miedo.

¿Un contexto mundial con varias grandes potencias con diferentes modelos político-económico-culturales y altamente interconectadas, puede ser estable? La respuesta podría ser que un contexto así se ciñe más a la realidad diversa de las actuales sociedades humanas y que generará competencia entre ellas, nada de lo cual es malo salvo que esa competencia degenera en confrontación violenta entre los grandes Estados. Ahora bien, evitar eso es precisamente lo que los humanos llevan sabiendo hacer desde 1945. ¿Por qué no seguir haciéndolo en este nuevo contexto? ¿Quién de los grandes estaría dispuesto a quebrar esa magnífica experiencia?

Para Beijing los años que Trump esté en el poder no pasan de ser un abrir y cerrar de ojos y China no se va a jugar en ese tiempo los progresos que ha acumulado desde 1979. Sabe muy bien que EEUU le supera militarmente y sabe también que ella está en el área que hoy tiene y en los próximos decenios tendrá mayor crecimiento. China encontrará el modo de continuar fortaleciéndose (por ejemplo, sacando partido de los errores de Trump) al tiempo que evita chocar militarmente con EEUU. ¿Rusia? Sólo si le meten la OTAN en el vecindario, y a dejarlo claro es a lo que se va a dedicar Moscú mientras lo considere necesario. Entonces, ¿no hay riesgos de grandes guerras?

Desgraciadamente los hay. El más visible en estos momentos podría originarse entre Corea del Norte y EEUU. ¿Por un arrebató violento de Trump? Francamente no parece posible; pero si la UE lo teme se debería dedicar a serenar y esclarecer a Trump. ¿Y si el arrebató es de Kim Jong-un? Kim Jong-un no quiere la bomba termonuclear (si es que ya la posee) para lanzarla a Guam iniciando una guerra que acabaría con toda Corea y con su dinastía; la quiere para lo contrario, para garantizar la continuidad de su dinastía al frente de Corea del Norte. Los conflictos entre la India y Pakistán, que no han cesado en los 70 años transcurridos desde su independencia, son otra fuente de riesgo pues ahora ambos poseen armas nucleares. De momento, Irán ha interrumpido su programa nuclear en los términos establecidos por el acuerdo con EEUU, pero si la

Administración Trump rompe el acuerdo en Oriente Medio, se abrirá una carrera para hacerse con la bomba y el riesgo de su empleo crecerá mucho. ¿Qué conclusión sacar de todo esto?

¿No debería la UE, a quien nadie teme militarmente, actuar como un centro de iniciativas para mantener la competencia entre grandes potencias en términos pacíficos?

(4) ¿Qué debería hacer la UE en ese contexto internacional?, o de cómo la UE necesita una política exterior, de seguridad y defensa propia, lo difícil que le va a resultar y algunos pasos prudentes con los que podría ir avanzando

La UE lleva décadas engañándose a sí misma

Para justificar esta afirmación se puede uno valer de preguntas retóricas: ¿es razonable que la UE se ofrezca como un modelo válido para todo el mundo?; ¿es razonable que tenga una política de ampliaciones sin límites establecidos?; ¿es razonable que se sienta segura sin tener capacidad propia para defenderse?; ¿permite la historia de Europa confiar en que se vive un período de paz y prosperidad que no se interrumpirá?; ¿cabe conservar la soberanía y esperar que no se ejerza?; ¿se puede mantener la libre circulación de personas sin contar con una policía común de fronteras?; ¿se puede proclamar la naturaleza universal de algunos derechos cuando su ejercicio requiere un marco nacional?; y ¿se puede mantener una eurozona con criterios de rigidez fiscal que cuando llega una crisis casi hace imposible salir de ella a algunos países? Antes, los países de la UE convergían y ahora divergen, así que, ¿es sensato esperar que si eso no se remedia no pase nada? ¿Incluso si la juventud de un país como España se ahoga en el paro y la precariedad?

Tras la Segunda Guerra Mundial, la UE consiguió superar los nacionalismos europeos y se auto-convenció de que eso era una tendencia universal. Error garrafal, pues hoy cuando la UE se asoma a la ventana ve que en EEUU, China, Rusia, la India o el mundo musulmán, el nacionalismo y la religión son fuerzas poderosas. Tras el fin de la Guerra Fría la UE se auto-convenció de que Rusia tendría que aceptar la incorporación de Ucrania a la UE y lo intentó, pero cuando Putin respondió anexionando Crimea a Rusia la UE se quedó pasmada. La crisis de los refugiados en 2016 fue otra sorpresa tremenda para la UE ya que puso de manifiesto que las lealtades nacionales siguen muy vivas en su seno; una realidad que todavía no sabe cómo abordar. La UE necesita una desintoxicación de fantasía.

La UE no puede ser un actor estratégico, ni debe simularlo

¿Cómo va a ser un actor estratégico una entidad que no tiene capacidad de tomar la decisión de ir a la guerra? La UE no tiene esa capacidad porque la mayor parte de los medios militares de sus Estados miembros están integrados en la OTAN y es EEUU quien tiene la última palabra para su empleo. Y sin llegar a tanto, aunque la UE tiene organismos relacionados con la política exterior, la seguridad y la defensa, la historia muestra que la UE nunca ha tenido ni tampoco tiene ahora una política propia en esas materias. Son terrenos en los que siempre ha actuado a la sombra de EEUU o, en circunstancias contadas, a iniciativa de Francia o de Alemania y con el apoyo de EEUU. Sólo en 2003 Francia y Alemania (con buen criterio) se opusieron abiertamente a la

decisión de EEUU de invadir Iraq y ¿recuerdan qué pasó? Pasó que un grupo de países de la UE (a los que Aznar incorporó a España) apoyaron abiertamente la invasión, dejando claro que la UE era incapaz de desarrollar una política exterior contra los deseos de Washington. Desde entonces, la UE se encogió y no ha vuelto a plantearse un pulso semejante.

La geografía y la historia separan a Francia y Alemania

Sin Francia y Alemania no hay UE. Sería un anillo de países en torno a un gran agujero. Pero a Francia y Alemania les separa la historia. Francia (con un pasado colonial fresco) ve la fuerza militar no sólo como instrumento de disuasión y defensa sino también como un instrumento de su política exterior. Y así la utiliza activamente, a veces con buen criterio y resultados, como en Malí, por ejemplo, y otras con criterio pésimo y resultados desastrosos, como en Libia. La historia que marca a Alemania es la Segunda Guerra Mundial que inició, en la que fue derrotada y que pagó perdiendo la unidad y la soberanía del país hasta 1990. Este pasado hace que Alemania contemple la fuerza militar exclusivamente como el último recurso de defensa. Les separa también la geografía. A Francia le preocupa el Sur europeo, el Mediterráneo y manda tropas a África. A Alemania le preocupa el Este europeo y Rusia, donde no contempla ninguna acción bélica sino una disuasión convencional. Existen además otras diferencias importantes entre otros países de la UE. Polonia y los bálticos tienen todas las antenas dirigidas a Rusia y sus esperanzas en que su valedor sea EEUU porque no confían en la UE. En un marco así, para tomar decisiones se requeriría una autoridad política unificada que en la UE no existe; y no existe porque, hoy por hoy, en la UE nadie la desea.

La UE debe dar prioridad a los problemas que le plantean sus entornos Sur y Este

Básicamente, esto significa que Francia –junto a Italia, España y otros países que estén dispuestos a hacerlo– debe reforzar la colaboración entre y con los países magrebíes y africanos para neutralizar con los medios necesarios, empezando con los de la cooperación e incluidos los militares, las amenazas al sur de la UE que se incuban en África, el Mediterráneo y más allá. En estos espacios se han llevado a cabo ya numerosas operaciones militares con resultados positivos en el marco de la EU o en forma de colaboraciones nacionales con Francia. Del mismo modo, Alemania es quien, con respaldo de Francia y a veces de EEUU pero también sin él, ha promovido iniciativas diplomáticas en los Balcanes o sobre el conflicto de Ucrania. Luego, el Consejo de la UE las ha asumido. Estas son dos vías de trabajo que sistemáticamente debe seguir la UE o grupos de países de la UE.

Tomarse en serio el tema de refugiados y migrantes

La crisis de los refugiados ha renacionalizado la política en el seno de la UE y reactivado la división entre países del Este y del Oeste. Era algo inevitable, pues si la UE practicara lo que predica sobre derechos humanos, debería mostrarse dispuesta a acoger a quienes huyen de países donde no pueden vivir. Pero a la hora de pasar de los dichos a los hechos, los derechos de los refugiados se convirtieron en problemas de los receptores (recursos, seguridad e identidad). Alemania viene estando a la altura, pero es la excepción. Simplemente refleja que la UE se había tomado a la ligera el tema de los refugiados y migrantes y que ahora se está dando cuenta de que, o se lo toma en

serio y antes de que sea demasiado tarde, o es un tema que puede terminar rompiendo la UE. África camina a tener una población subsahariana de unos 2.500 millones personas para finales de siglo y entonces Europa seguirá con unos 500 millones. La UE tiene que empezar a contestar ahora a la pregunta, ¿con quién convivo en el futuro?

Retomar en sus manos el tema de Rusia

Washington está manejando el tema de Rusia como algo subordinado a su política doméstica. Bruselas no debería aceptarlo, ya que para la UE es un tema central y sobre el que existen diferencias en su seno. La política doméstica de Washington puede favorecer en un momento a algunos países de la UE y contrariar a otros. Algo que, por ejemplo, ya ha ocurrido con la decisión del Congreso de EEUU relativa al Nord Stream 2, que Alemania ha criticado. Actualmente, el Congreso recorta poderes a Trump y arremete contra Putin. Entre tanto, Putin prepara las maniobras *Zapad* (Occidente) para mostrar de nuevo su disposición y capacidad para actuar militarmente si la OTAN intenta instalarse en Ucrania, Georgia o Moldavia o asentarse militarmente en los países bálticos. Una situación así favorece a Trump y a Putin, que pueden explotar las diferencias internas de la UE, pero prolongarla perjudica a la UE.

Repensar la OTAN

La UE tiene que preguntarse abiertamente ¿qué significa la OTAN cuando el presidente de EEUU está poco interesado en ella? Se trata de algo que hasta ahora nadie se había tenido que preguntar. Pero no es sólo Trump lo que suscita la cuestión, sobre todo la suscita que los más delicados problemas militares de EEUU están hoy lejos de Europa. Están en Corea del Norte, en las escaramuzas navales que se suceden en el mar del Sur de China, en el caos reptante que recorre Oriente Medio, en Irán, Afganistán o Pakistán; por no hablar de América Latina, que a EEUU le importa mucho más de lo que parece importarle a la UE.

Por otra parte, la UE también debe preguntarse hasta qué punto las próximas guerras se librarán con sistemas de armas tradicionales o con operaciones de ciber-inteligencia, ciber-ataques o “enjambres de drones autónomos”. ¿Servirá la OTAN para eso? Cabe preguntarlo, ya que en materia de ciber-inteligencia los socios íntimos de EEUU son el Reino Unido, Australia, Canadá y Nueva Zelanda, pero no la OTAN, como puso de manifiesto la información suministrada por Edward Snowden. Y si se trata de disponer de *hardware* estandarizado barato dirigido con *software* muy potente (eso son los enjambres de drones autónomos), es Huawei y otras empresas chinas quienes dominan el campo.

Y sobre todo empezar a dar forma a una nueva relación con EEUU

El hecho de que Trump no sea creíble y que su entorno albergue personajes con ideas contradictorias parece una dificultad para trabajar con EEUU. Sin embargo, bien mirado, puede resultar una ocasión para que la UE vaya dando forma a una nueva relación con EEUU. La novedad consistiría en que, en vez de esperar a ver qué hace EEUU, la UE tome la iniciativa y se dirija a todos los interlocutores de interés en Washington, presentándoles posiciones propias sobre los temas más delicados e importantes.

Piénsese en Ucrania. El secretario de Defensa Mattis ha insinuado que EEUU podría dotar a Kiev con misiles anti-tanque guiados. Idea curiosa ya que Ucrania fabrica ese tipo de misiles y apenas se han usado tanques en los enfrentamientos armados de la zona. Claro que también puede ser una invitación a Kiev para que inicie por delegación de EEUU una guerra contra Moscú en territorio ucraniano. El editorial del *New York Times* del 25/VII/2017, citando al teniente general del ejército de tierra de EEUU en Europa, rechazaba la idea como no creíble porque Rusia tiene superioridad en la zona y EEUU no estaría en condiciones de vencer. Un general estadounidense con responsabilidades en Europa se pronuncia sobre el tema y ¿la UE calla?

¿Qué decir respecto a Irán? En dos meses Trump tiene que certificar que Teherán está cumpliendo el acuerdo nuclear o decir que no lo hace. Los otros firmantes (Francia, Alemania, el Reino Unido, China y Rusia) ya han dicho que lo cumple y la AIEA lo ha certificado. Pero Trump parece no estar dispuesto a hacerlo y entre quienes le rodean existen criterios dispares. En caso de que EEUU diga que Irán no cumple el acuerdo, Teherán ya ha adelantado que está en condiciones de retomar la fabricación de armas nucleares. En este asunto la UE se juega mucho, incluidos los negocios que ya ha puesto en marcha con Teherán. ¿Va a esperar la UE a que la Casa Blanca le sitúe ante un hecho consumado, y luego reaccionar como pueda? ¿No debería mostrarse activa desde ahora para influir en la decisión que termine tomando Washington?

Corea del Norte plantea una amenaza nueva para EEUU, pero también para la UE, el resto del mundo y, sobre todo, para Corea del Sur. Trump habló primero de lanzar su “furia y fuego” sobre Corea del Norte. De inmediato, Corea del Sur le reclamó que no actúe militarmente sin su acuerdo, pues esa furia y fuego también caería sobre Seúl, que está al alcance de la artillería del Norte. ¿Debería la UE decir que comparte esa posición de Corea del Sur? Trump también ha hablado de suspender el comercio de EEUU con quienes comercian con Corea del Norte. Esto es muy interesante, no sólo porque Alemania comercia con ese país sino porque el 80% del comercio de Corea del Norte es con China, lo que significa que Trump está amenazando a Corea del Norte con abrir una guerra comercial entre EEUU y China. ¡Curioso! ¿No debería la UE reclamar a Washington que sus propuestas sobre Corea del Norte en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas presten más atención a los puntos de vista chino y ruso y las ideas de Francia y el Reino Unido?

EEUU quiere salir de Afganistán, donde lleva 16 años, pero no sabe cómo. Pakistán y la India mantienen allí un juego estratégico. Rusia e Irán también juegan, aunque menos estratégicamente. ¿Hasta cuándo tiene sentido mantener en semejante laberinto tropas europeas en misión OTAN con el flácido objetivo de que las fuerzas de Kabul equilibren a los talibán y ambos terminen formando un gobierno conjunto que permita a EEUU decir: “me voy”?

Si ante las dudas y contradicciones que muestra Washington la UE se muestra pasiva, con su pasividad confirmará que con Trump continúa siendo un peón en el área de influencia estadounidense. Por el contrario, si toma la iniciativa exponiendo sus propios criterios, mandará un mensaje a Washington (y al mundo) diciendo que quiere una nueva relación con EEUU y empezará a definir un espacio de influencia propio en el nuevo contexto internacional multipolar.

Y ampliando la idea anterior: como antes se ha insinuado, ante los nuevos riesgos bélicos que ofrece el panorama mundial, la UE, a quien nadie teme militarmente, debería convertirse en un centro de iniciativas dirigidas a moderar los ímpetus bélicos de las grandes potencias militares. En el campo del comercio internacional, donde la UE es un peso pesado y está negociando nuevos tratados, su actividad va en sentido contrario a lo que está haciendo Trump con China, México, Canadá, Corea del Sur y otros países. ¿Por qué la UE no deja esto manifiestamente claro? Trump tampoco muestra mucho interés en el mantenimiento de la estabilidad financiera internacional, pese a que es un terreno en el que ahora todo está en juego. Actualmente un grupo de personas eminentes prepara propuestas a presentar en 2018 para reformar las instituciones de Breton Woods (FMI, BM y OMC). Esas reformas, dado el punto de partida, apuntarán a una reducción de la posición dominante de EEUU y también de los países europeos. Si Trump se desentiende de reformar esas instituciones y opta por actuar por su cuenta, probablemente China se centrará en potenciar las instituciones que ya viene impulsando con los BRICS y otros emergentes (AIIB, *New Development Bank*, *Silk Road Fund*...). Algunos países de la UE también participan en éstas pese a la oposición de EEUU. ¿Qué debería hacer la UE en una tesitura así, o qué debería hacer para que no se llegue a esa tesitura?

En pocas palabras, si, como parece, Trump está dispuesto a pegarse con todo el mundo, la UE debe encontrar la manera de no verse arrastrada por Washington en aventuras bélicas y ante todos los grandes temas globales y locales debe prescindir de seguidismos y marcar las distancias necesarias adoptando posiciones propias.